

NO ME PUEDO QUEJAR

-La vida sencilla-

-Pero nunca podré decir que me han tratado mal en la cárcel- pensaba mientras un autobús la acercaba a su pueblo del que salió seis meses antes detenida en un coche de la Guardia Civil.

El autobús rodaba lento trazando espirales y volutas al dibujar las curvas de la carretera. Atrás quedaba el llano y cada curva era un paso más en la ascensión a las montañas donde, al resguardo de unos peñascos, se cobijaba su pueblo.

Pensar en sus hijos no le sentó bien a su soledad y tras musitar cuatro jaculatorias –una por cada uno- a la virgen madre para que los siguiese protegiendo durante las escasas horas que tardaría en llegar, intentó no pensar más en ellos.

Para aliviar su impaciencia quiso rezar un rosario, pero las curvas empezaron a enredar su cabeza en un ligero mareo haciendo que el desgranar de las avemarías se perdiera en misterios que no correspondían y lo dejó también.

Miró por la ventanilla. Las hierbas secas le recordaron que la cosecha había quedado atrás.

Unas nubes recostadas sobre los montes le hicieron caer en la cuenta de que se acercaba el invierno y supuso que pronto caerían las primeras nieves.

Se arregló la falda larga que le tapaba las piernas y se desarrugó el delantal. Siempre llevaba delantal para resguardar las otras ropas y hacerlas más duraderas.

-Tengo que remendar este dobladillo –se dijo recomponiendo con manos diestras la cinturilla, y al tocar su vientre no pudo evitar el acordarse de aquella mujer que conoció en la cárcel. Se la llevaron a la cocina una tarde. Estaba acabando de recoger los cacharros y entre ruidos de cazuelas oyó una voz:

-¡Cocinera! ¡Cura a esta mujer!

Apenas pudo fijarse en aquel carcelero que cerró la puerta de golpe porque con prisa se acercó a la mujer que, tirada en el suelo como un guiñapo, se sujetaba el vientre con las dos manos mientras con la cara desencajada lloraba en silencio.

-No. No puedo tener queja del trato recibido –pensó de nuevo al recordar a aquella mujer que no podía ni andar porque cuchillos de hombre con filos lujuriosos habían hurgado sin piedad en sus entrañas.

Tuvo que calentar agua y con trapos de cocina limpios, cortó las hemorragias que tenía por delante y por detrás, con mimo fue apaciguando el dolor y con palabras suaves intentaba sosegar el terror de aquella mirada encharcada en tristeza y vergüenza.

Estuvieron toda la tarde en aquella cocina envueltas en la penumbra de la ventana entornada y la cuidó como si hubiese sido una de sus hijas.

No pudo conocer su nombre porque ya nunca habló. Ella le preguntaba pero la mujer callaba y con la mirada perdida no dejaba de llorar. Era aquel un llanto desbordado y silencioso. De sus ojos fluían lágrimas sin parar como riachuelos, pero no gemía ni suspiraba ni hipaba, sencillamente estaba quieta con la mirada perdida en alguna parte y ante su impasibilidad, en varias ocasiones, tuvo que limpiarle los mocos.

-Suenan –le decía en esos casos como si fuese su hija pequeña, pero la mujer no colaboraba.

Viéndola en ese estado decidió demorar la preparación de la cena. Se sentó a su lado, con cuidado reclinó la cabeza de la mujer en su regazo y acunándola le habló con palabras susurradas.

“Ya verás como cuando se te pase no es para tanto. De momento no pienses más en eso. No sé si tienes hijos o marido o padres o hermanos –habló evitando las preguntas que sabía sin respuesta- pero seguro que tienes a alguien en quien pensar. Yo hago eso, pienso todo el día en mi casa y en mis hijos y así se me pasa el tiempo sin darme cuenta. A veces los ruidos de las perolas me parecen los cencerros de las vacas y llego a sentir en mi cara el sol y el aire que sopla siempre en la sierra. De pronto, pensando y pensando me doy cuenta de que han pasado las horas y siento como si me hubiese escapado de esta cárcel y les hubiese robado tiempo de condena.

No sé lo que voy a estar aquí porque nadie me dice nada.

La verdad es que no me puedo quejar. Me metieron en la cocina en cuanto llegué, y aquí preparo los guisos para todas vosotras con el poco avío que me traen. No me cuesta esfuerzo porque estoy acostumbrada a hacer milagros pues en mi casa tampoco hemos tenido abundancia.

No estoy mal aquí, a pesar de ser el sitio que es, y no me importaría seguir el tiempo que hiciera falta si no fuera por mis hijos tan pequeños y ya sin madre. No me dejaron ni despedirme cuando se me llevaron como a una malhechora. ¡Qué habrá sido de ellos! Seguro que mis hermanas los habrán recogido y se habrán repartido uno para cada una, pues cada boca que alimentar es mucho cuando se tiene poco”.

No le habló a aquella pobre presa de sus dos hermanas que vivían en el pueblo ni de las otras dos que vivían cada una en una masía como ella. Todas estaban casadas, gracias a dios, y sus maridos eran buenos y no les pegaban, que se supiera.

No le habló tampoco de su marido, aquel muchacho delgado y de pocas palabra que vivía en una masía y que de vez en cuando venía por el pueblo a lomos de un macho castaño que de pronto, en la romería de aquel año, se había convertido en un mozalbete robusto que la sacó a bailar. Por supuesto, tampoco le contó nada de aquellos primeros contactos ni de besos robados a escondidas ni de caricias permitidas más allá de la decencia ni de la locura de los primeros tiempos de casados retozando juntos en la soledad del monte porque nunca había transformado aquellas sensaciones en palabras y no sabía hablar de ello.

Pero habló y habló de sus hijos.

“Tengo cuatro, uno por cada año de casada. Primero nació mi Amelica que vino antes de tiempo –para los demás, pensó, porque a mí me salían las cuentas- pero que se crió fuerte y no me dio problemas fuera de los normales. Al año justo nació Emilio que nunca quiso mamar de mi leche y creció delgado y menudo. Tardaron en salirle los dientes y cuando lo hicieron parecían granos de trigo podridos que se le caían a cachos. Durante mucho tiempo pareció un viejo sin dentadura. A los tres años se rompió el hueso de una pierna, una pierna que de tan delgada parecía una caña, y cuando lo llevamos al médico, lo escayoló hasta la rodilla y aseguró que le faltaba calcio. Le recetó unas pastillas blancas y me dijo que tenía que tomar mucha leche.

-Pero si nunca ha querido mamar.

-Pues queso.

Así que desde entonces, les compraba leche a los de la masía alta, que tenían ovejas, aprendí a hacer queso y requesón y como mi chico se lo comía con gana, conforme se le iban cayendo los dientes de leche, le fueron saliendo unos nuevos que aunque no eran blancos, sino amarillentos y como transparentes, al menos eran duros y los conserva enteros. Ahora, a sus nueve años, ya no parece un abuelo desdentado. Al año siguiente nació Tomás que al contrario que su hermano, no era nada delicado con la comida y siempre se crió grande y fuerte. En cuanto aprendió a andar, la gente, cuando los veía juntos, lo tomaban a él por el mayor. ¡Mi pobre Emilio!, siempre le ha tenido celos a su hermano y por eso llora tanto. A los once meses, ésta no esperó al año, nació mi pequeña, le puse María y es la única que nació en Marzo. Mi María nació en tiempos revueltos y de escasez y desgracias y siempre fue muy callada. Hoy a sus siete años es una niña toda ojos que es capaz de estar sentada horas y horas mirando sin decir nada y sólo cuando le preguntas algo contesta con palabras cortas, porque gracias a dios no es muda como creíamos al principio.

Apenas unos meses después, cuando la guerra ya era un hecho y llegó la orden de alistamiento para todos los hombres, mi marido cayó enfermo. Al principio yo pensé que tenía malestar de puro miedo, se contaban tantas historias de muertos y fusilados... pero pronto el dolor le desencajó la cara – como te ha pasado a ti, pensó sin decirlo en voz alta- y fue cuestión de días que se le empezara a hinchar el vientre de ponzoña, dolor y muy pronto de muerte.. Mi madre me dio hierbas para el mal de asiento, pero no hicieron efecto. El médico dijo que había muerto de un cólico “cerraio”.

No tuve ni tiempo de llorar porque cuatro criaturas reclamaban mi atención constantemente. Tampoco pude preocuparme por mi futuro porque los de la masía de arriba, a los que les compraba la leche para mi Emilio, se hicieron cargo de las tierras y me pasaban un rento que me daba para comer. Mis hermanas compartieron sus miserias conmigo y mi madre se vino a vivir a la masía.

En estos meses que llevo encerrada, he recordado cada minuto de la vida de mis hijos y además he podido hacerlo con detalle porque el trabajo de aquí no es nada comparado con el del monte donde además de la cocina tengo que sacar adelante a mis hijos, cuidar los animales, tenemos gallinas, conejos y gorrinos que son de apaño para el día a día y además echar una mano en los quehaceres del campo.

Aquí, si no fuese porque mis hijos me necesitan, podría estar el tiempo que quisieran porque encerrada en esta cocina entre mis cacharros no tengo queja. Apenas me dejo ver y esos que se han ensañado contigo no sienten mi presencia. Y aunque me vieran, los cuatro partos y el aborto que tuve el mismo día que mi marido murió, sí, el día de su funeral, yo, que estaba de cuatro meses, me deshice toda en sangre y no pude ni acompañarlo al cementerio, como te decía, mis cuatro partos y mi desgracia última, han deformado mi cuerpo y parezco una vieja. No sé si aunque me vieran se fijarían en mí”.

La luz entraba en la cocina muy de esquina y el sol de la ventana apenas era ya una raya blanca en los fogones.

“Es tarde –pensó-, tendré que apurarme para la cena”.

-¿Te encuentras mejor?” –preguntó sin esperar respuesta, y al mirarla a la cara por primera vez desde que empezara su relato, se dio cuenta de que tenía los ojos muy abiertos, perdidos en alguna parte de sus recuerdos, de sus olvidos o de sus deseos futuros, pero la expresión de dolor había desaparecido de su rostro y aunque muy despacio, pudo moverse poco a poco. La hemorragia se había detenido.

Con dos sillas improvisó un lecho y le dijo:

-“Mira a ver si te puedes tumbar aquí y quedarte un poco sola mientras empiezo a preparar la cena”.

Una curva más cerrada de lo que un autobús como aquel se podía permitir para tomarla sin maniobrar, la volvió en sí al sentir el frenazo y la posterior marcha atrás.

Al enfilar de nuevo la siguiente cuesta, reconoció los montes que se recortaron allí delante y se dio cuenta de que ya estaba cerca.

Seis meses. Cuantas cosas pueden haber pasado en seis meses, cuanto pueden haber cambiado sus hijos en seis meses. ¿Se acordarían de ella? ¿Emilio habría crecido algo? Seguro que Tomás seguía siendo bastante más alto.

Y ¡cuánto había ella visto y oído en seis meses aún sin apenas salir de su cocina! Eran pocas presas y por eso se encargaba ella sola de la comida. En su soledad apenas hablaba con nadie, pero cuando llegaba alguna nueva contaba con deseo mientras las demás escuchaban con avaricia. Ella no participaba en aquellos corros porque sobre ellos aleteaba la muerte y no quería coquetear con nada que le

pudiese apartar para siempre de sus hijos. Pero las palabras vuelan a pesar de no querer oír y supo del fusilamiento de mujeres que apenas habían dejado de ser niñas, contaron la historia de una mujer condenada a muerte que por estar embarazada, se aplazó su ejecución hasta que dio a luz lo que hicieron puntualmente sin dejarle ver el fruto de sus entrañas y cuando la fusilaron, sus heridas apenas sangraron porque toda la sangre, pues ni siquiera se habían molestado en curarla, se le iba por donde acababa de parir. No importaba por donde se le escapara la vida.

-No, no puedo decir que me trataran mal –pensó de nuevo mientras recordaba a aquella mujer que un día curó en su cocina de la cárcel y de quien ya nadie escuchó nunca su voz hasta el día de su muerte cuando la encontraron clavándose un hierro largo en sus entrañas y gritando de dolor. De su garganta, tras tres meses de silencio salía un rugido desgarrado, viscoso y negro como la sangre que se deslizaba por el suelo de los retretes. Era sangre retenida tras dos faltas.

Aquella mujer no tuvo funeral, pero ella, pronto, en cuanto llegase al pueblo, tendría noticias de uno.

Parecía que su destino era no poder asistir a los entierros de su familia.

Cuando su marido, se perdió nadando en el río de sangre de su hijo que nunca nació mientras le daban tierra.

-Está mala –dijeron sus hermanas cuando las gentes la buscaban para darle el pésame, y no decían de qué porque de esos temas no se habla.

Cuando su madre, andaba perdida entre curvas y revueltas en las entrañas de un autobús y por cuestión de unas horas tampoco pudo estar presente en su entierro.

Un río de mujeres de negro se aproximaba cuando ella salió del auto bajando de uno en uno los escalones tan altos.

Alguna la miró y giró la cara al reconocerla.

Ella, parada en la calle, no quiso preguntar nada. Se arregló unos mechones de su pelo apenas crecido que se le salían del pañuelo.

-No has llegado a tiempo –le dijo una- venimos de dar tierra al cuerpo de tu madre.

No pudo ni contestar a aquel mar de pésames y besos secos que tuvo lugar entonces.

El abrazo de sus hermanas desató sus lágrimas tanto tiempo contenidas y cogidas del brazo, caminaron calle abajo.

Antes de entrar, la mujer se secó el llanto y puso cara de madre.

Otro mar de besos, mojados en este caso, tuvo lugar entonces.

Contaron, rieron, lloraron. María buscó cobijo en su regazo y allí mismo se durmió acurrucada en nido protector.

-No se recuperó de tu marcha –le dijeron sus hermanas hablando de su madre- Malas lenguas echaron veneno en su vida y a ella le dio por pensar que tú no volverías y que a tus hijos se los llevarían los rojos. Y si al principio la mantuvo en pie el miedo a los rojos, luego los interrogatorios de los otros la hicieron perderse en su miedo que se hizo incierto, e incapaz de soportarlo, un día no se levantó de la cama y se fue apagando poco a poco hasta que murió.

-¿Y cómo te ha ido a ti?, ¿has pasado mucho?

-Pues no me puedo quejar. Nunca diré que me han tratado mal en la cárcel –y aquel día habló de cocinas y cacharros. Con el tiempo, en confidencias más secretas, hablaría de aquella mujer que murió matando al fruto de la violencia y de otras mujeres compañeras de encierro.

Seis meses no dan para mucho y encontró a sus hijos casi igual que los había dejado. Estaban un poco más altos, un poco más flacos, un poco más callados y un poco más tristes.

La mujer, ahora madre de nuevo, con treinta años auestas y un cuerpo de vieja, se hizo cargo de sus hijos y de su casa.

-Vengo a echarte una mano –le decía a su hermana de la masía “Peña Roya” cogiendo una horca de madera para dar vuelta a la parva.

-Deja que me lleve las mudas de esta semana a lavar –le decía a cualquiera de sus hermanas del pueblo.

Y robando tiempo al tiempo a costa de sus horas de sueño, quiso además agradecer a sus hermanas el haberse hecho cargo de sus hijos mientras estuvo presa.

Pasaron diez años más sin pena ni gloria. Más bien sin gloria y con unas cuantas penas que ella no se podía permitir el lujo de reconocer. Tenía que seguir adelante. No podía dejar de hacer sus faenas y por eso no tenía tiempo de recrearse en sus desgracias familiares.

-No te preocupes, ellas no saben lo que dicen porque no saben lo que pasó –dijo a su Amelica, levantando apenas la vista de la ropa que estaba remendando, cuando, adolescente, sus amigas de la escuela le dijeron que era roja porque su madre era roja.

No dejó de ir a misa los domingos a pesar de que poco a poco, las mujeres la fueron echando del banco que estaba al pie del altar de San Antonio, donde toda la vida se había puesto su madre y donde estuvo ella también hasta que, a su regreso, la fueron arrinconando detrás del púlpito. Ella hizo de ese rincón su nuevo lugar y se sentaba callada en su sillete.

Nunca contestó a aquellas palabras dichas en falso secreto y susurradas en voz demasiado alta que oía a su paso cuando iba con dos cántaros a por agua a la fuente.

-He comprado un tractor –dijo un día Tomás cuando los tiempos mejoraron porque hacía ya unos años que se habían hecho cargo de las tierras de nuevo y ahora, cabalgando a bordo de aquella máquina, pudo labrar a jornal para otros masoveros y se permitieron arreglar la masía.

Llegaron bodas, llegaron nietos y la mujer, madre, ahora abuela, se fue quedando ciega.

Ya no había que salir al campo y cuando el mundo se fue cubriendo de niebla, fue reduciendo el suyo a las paredes de la masía y más concretamente a la cocina, donde pasaba el día entre cacharros que encontraba al tacto y donde se sentaba luego a hacer ganchillo de memoria.

-Abuela ¿por qué no sales afuera a tomar el sol?

-No es bueno que te dé el sol. Sólo es bueno para ver y yo ya no lo necesito.

-Me alegro de que todo te vaya mejor –le dijo su hermana en una boda.

-No me puedo quejar de la vida que me ha tocado vivir... –y ninguna habló más porque la vida vivida en común no precisa ser contada.

-Abuela –le dijo muchos años después un nieto que estudiaba periodismo en la capital-, ¿y cómo fue tu estancia en la cárcel?

-Nunca podré decir que me trataron mal... –y en su oscuridad total le fue fácil hilvanar los recuerdos.

Su nieto escribió un artículo desbordante de palabras solemnes que ella no dijo.

Pasaron los años, la abuela ya no vive en la masía, está en el pueblo con su Tomás, el único que le queda allí y que ya no va con el tractor porque tiene jornaleros que lo hacen por él.

La abuela vive recluida en una habitación que tuvo que aprender de memoria con sus manos donde, sin tareas de cocina, ha multiplicado sus labores de ganchillo. Allí vive tranquila esperando oír los pasos de tacón de su nuera que le traen el desayuno o vienen a por ella para bajar a comer o a cenar. Los pasos fuertes de Tomás sólo llegan hasta el comedor.

Su nuera le dice que se quite el luto que la hace muy vieja y ella le dice:

-Lo que soy, -pero se deja poner ropas que al tacto son de colores claros.

Su nieta -que estudia carrera de leyes en alguna ciudad-, anda revuelta porque dice que el alcalde del pueblo es un rojo y quiere quitar la cruz de los caídos que hay en la fachada de la iglesia.

-¿A ti que te parece abuela?

-Yo no entiendo de esas cosas –dice sin dejar de navegar entre sus hilos-. Anda, mira a ver cuanto me falta de largo.

La nieta coge en sus manos el ganchillo que le tiende su abuela –cuida no se salgan los puntos, cariño-, lo mide sobre la televisión –cuatro dedos te faltan, abuela- y vuelve a ponerlo en sus manos que esperan.

Hacía mucho que estaba totalmente ciega.

-Cataratas –dijo un médico que la miró cuando ella contaba cerca de noventa años y ya no recordaba lo que era ver-, tiene operación.

Pero ella no quiso porque el mundo estaba bien así y su vida también.

Cuando salió de la cárcel, el mundo le exigía su empeño y cada día era un obstáculo a superar, pero con el tiempo, la situación mejoró, la necesidad inmediata de alimentar unas bocas desapareció y los días se hicieron todos iguales.

En el monte, los picapedreros que desgajaban losas para recubrir casas elegantes hacían oír sus picos contra la piedra como relojes que desgranaban segundos lanzándolos al aire, pero cuando llegaron las máquinas, el tiempo se aceleró, los montes se hicieron fosos en instantes y los días comenzaron a pasar sin freno.

Dijeron que llegaron unos hombres a la luna pero –le contaron- la luna siguió impasible mostrando siempre la misma cara de indiferencia.

Hubo guerras más lejos o más cerca –ninguna allí-, pero las estaciones llegaron puntualmente como cada año.

Se declaró un incendio en el pinar de arriba y la abuela se santiguó cuando notó en el aire el olor de resina quemada, pero con el tiempo lo repoblaron con pinos nuevos.

Cambió el gobierno de color y volvió a cambiar mientras había quienes gritaban por las televisiones como si en ello les fuese la vida, pero el mundo giraba puntualmente su vuelta diaria.

-¡Ya está! –dijo un día la abuela cuando dio la última puntada de una infinita colcha que tejió para la nieta que se iba a casar aquel año.

Dio un suspiro que podría haber sido de cansancio pero su cabeza se reclinó sobre su hombro izquierdo y así quedó muerta. Tenía noventa y cinco años.

En ese momento hubo un temblor de tierra imperceptible, algo así como un parpadeo que los sismógrafos registraron con indiferencia.

Mientras la amortajaban y la velaban durante toda la noche, los científicos del planeta andaban revueltos intentando explicar la causa por la que la tierra había perdido aquel día un segundo en su vuelta exacta. Hablaron de un efecto tardío del nuevo milenio, de un desequilibrio causado por el cambio climático...

Cuando al día siguiente le dieron tierra entre duelo y ecos de madera hueca, algún funcionario archivó aquella gráfica ya que ninguno de los sabios, perdido en discusiones elevadas, supo ver en aquel comedido salto del sismógrafo el reflejo de un desequilibrado tropezón de la tierra porque nadie sabía que en aquel pueblo pequeño, en aquella sierra perdida, con la muerte de aquella discreta mujer, uno de los engranajes que hacía girar el mundo, se había roto.



Pedro José Rubio Hernández